

Testimonio de Raúl Merelle



Fecha de nacimiento: 7/3/66

Estado civil: Casado

Hijos: 3

Lugar de nacimiento: Ibarreta, provincia de Formosa

Jerarquía: Cabo

Síntesis del hecho: Al intentar identificar a dos desconocidos, recibió un disparo de escopeta en la cabeza.

Lesiones: Pérdida de un ojo y ceguera del otro.

“Ya sé manejarme en la oscuridad”

“Nunca pensé que me podía pasar algo así”

*“Mi hija Antonella tiene nueve meses,
pero espero con ansiedad el día que nazca a mis ojos”*

El barrio de Los Hornos, en la ciudad de La Plata, dista mucho de su Ibarreta natal. Formosa lo vio nacer y lo despidió luego de haberlo abrigado durante 24 años. Raúl Merelle nunca renegó de sus orígenes, pero decidió emigrar en busca de progreso. Así recorrió los largos kilómetros que lo llevarían a una nueva vida. Una familia lo despidió en el norte argentino y otra lo contiene hoy en la provincia de Buenos Aires. El destino apagó la luz a sus ojos pero no quitó la claridad de su espíritu. Sabe que no es fácil vivir en la oscuridad, pero resplandece su esperanza.

El 7 de marzo de 1966 nací en la provincia de Formosa. Hoy tengo 36 años y ya hace once que estoy en La Plata. Me vine solo, con la idea de conseguir trabajo y poder hacerme una vida digna. En Ibarreta, quedaron mis padres y cinco hermanos, un varón y cuatro mujeres. Tengo otra hermana que también vive en La Plata. Ella vino mucho antes que yo.

Cuando llegué en 1991 a esta ciudad me radiqué en Barrio Aeropuerto. Después, cuando me casé, compré un terreno en Los Hornos, donde nacieron mis hijos Brenda y Facundo que tienen siete y tres años.

Una casilla construida en el fondo fue la primera vivienda que tuve. Con el tiempo pude ir edificando en la parte de adelante y la casita de atrás quedó para los parientes, para cuando venían a visitarnos.

Siempre me gustó poder ayudar a los demás, y a muchos les di albergue en mi primera casa, donde hoy viven mi primera esposa, Mirta, con los chicos.

Con mis vecinos también siempre tuve una buena relación. Nunca dudé en darles una mano cuando la necesitaron. Si alguno necesitaba ayuda, que muchas veces tenía que ver con la construcción de sus hogares, yo me las arreglaba para ayudarlos en los días que estaba de franco.

Debe ser por eso que me considero una persona querida. Eso también lo demostraron cuando se enteraron de lo que me había pasado. Todos se preocuparon por mi estado y hoy me vienen a visitar para saber como ando. Muchos de ellos lloran al verme así y yo me doy cuenta, pero no les digo nada, reconozco que es una forma de expresar el afecto que me tienen.

La casa en la que vivo hoy la compré luego de mi accidente. En ella estoy con Elsa, mi segunda esposa, y Antonella, nuestra hija de nueve meses.

Con Elsa nos conocimos y nos pusimos de novios poco tiempo después de que me había separado. Cuando en el 2000 me fui a trabajar al Operativo Sol, yo ya estaba muy mal en mi matrimonio, y al regreso me separé.

Elsa vivía en Varela y era secretaria en un banco. Nació en el Chaco, en Quitilipi, así que podríamos decir que casi somos coprovincianos. Cuando la conocí, yo también estaba viviendo en Varela.

Es una mujer que no me abandonó nunca, siempre estuvo a mi lado. Soportó los momentos más difíciles.

Cuando salí del Churruca fue muy difícil. Yo debía cuidarme mucho. No podía sentir ruidos ni escuchar música porque me hacía muy mal. Tenía que estar en total silencio. A la hora de dormir, Elsa tenía que apoyar su mano sobre la mía para que yo lograra descansar. Era la única forma que tenía para conciliar el sueño. Luego, poco a poco, nos fuimos acostumbrando a la nueva vida.

Los vuelcos que da la vida nunca son previsibles, menos aún para alguien que está dispuesto a brindarla por los demás. A la vuelta de cada esquina nos espera un mundo distinto, para el que no muchos están preparados para enfrentar. El 24 de enero de 2001, el cabo Merelle dio vuelta al recodo más sombrío, cuando 36 perdigones fueron disparados por una escopeta recortada e impactaron en su cara.

Si tengo que contar mis vivencias del día del accidente, estaría mintiendo. No recuerdo absolutamente nada de aquella tarde. Sólo sé lo que me contó mi esposa, mi compañero que estaba

conmigo en ese momento, como también la psicóloga que me atendió y me leyó el parte de lo que había sucedido.

Habíamos estado en un operativo detectando colectivos “truchos”. Lo hacíamos conjuntamente con inspectores de la Municipalidad.

Yo tenía un handy, y por él me informaron la finalización del procedimiento, entonces le comuniqué a los inspectores, un hombre y una chica, y al cabo primero Leonardo Franco, y nos pusimos en marcha.

Consulté las directivas al oficial de servicio y él me dijo que regresáramos al Comando y lleváramos con nosotros a los inspectores.

En camino, cuando íbamos por la avenida Monteverde, casi llegando a la calle Pizurno, en Florencio Varela, dos personas cruzaron frente al patrullero, rápido y muy pegados a la trompa del auto, lo que nos llamó la atención. Entonces decidimos interceptarlos para identificarlos, por lo que Franco, que iba al volante, dobló en la primera esquina y dando una vuelta nos puso nuevamente frente a los tipos. Estos venían corriendo y de repente se encontraron con nosotros.

Al escuchar la voz de alto, uno de ellos se tiró al piso, entonces Franco se bajó del auto para acercarse y en ese momento escuchó una detonación y los gritos de la chica, la inspectora, que repetía: “Le pegaron al Negro, le pegaron al Negro”.

Cuando Franco se dio vuelta yo estaba ensangrentado. Treinta y seis perdigones me habían pegado. El tipo que venía atrás había sacado una escopeta calibre 20, doble caño, recortada, y con ella me había disparado.

Nosotros hasta ese momento no habíamos tenido ninguna alerta. Después un inspector de tránsito contó que aproximadamente dos horas antes una mujer en bicicleta lo había confundido con un policía. En Varela ellos tienen la ropa muy parecida a la de la Policía- y le dijo que había visto a dos hombres armados.

El me dijo esto cuando estábamos en el operativo, pero pasaron horas y no tuvimos más novedad, así que no le dimos mayor importancia. Luego, tras lo sucedido, nos enteramos que habían asaltado un desarmadero que está en la zona... El primero que me auxilió fue Franco.

Cuando les pregunto a todos mis compañeros qué pasó, me dicen que fue muy confuso.

“Al Negro le pegaron un tiro”, gritaba Franco por la radio, pero estaba tan desesperado que ni siquiera les decía cuál era nuestra ubicación. “Tranquilícese, diga en qué QTH (en qué lugar se encuentra) le respondían del otro lado”, y entonces Franco les dijo donde estábamos.

También pidió una ambulancia, pero como habían pasado más de quince minutos me subieron al patrullero, entre mi compañero y los inspectores, y me llevaron al hospital de Solano. Estábamos a diez cuadras del hospital, porque esa zona es el límite entre Varela y Solano. Luego me llevaron al Churruca.

Nunca pensé que me pudiera pasar algo así. Ni siquiera tengo el justificativo de haber actuado mal por no tener experiencia. Yo participé de varios enfrentamientos, sabía y sé cómo se debe actuar en esos casos. Estoy seguro que tampoco cometimos negligencia. Me cuentan que actuamos bien.

Yo salí con mi pistola bien empuñada. Tenía el vidrio bajo y por quince centímetros el disparo no pegó en el blindaje. Dio en el espejo retrovisor, en mi brazo y mi cara.

La noche duró treinta y dos jornadas. Horas que devoraron los recuerdos como quien borra la tiza de un pizarrón. El amanecer del estado de coma lo encontró en un hospital. Perdido, sin saber cuándo ni por qué había llegado hasta ese lugar. Pero los días de inconsciencia no lo privaron de saber quién es, de dónde viene y hacia dónde quiere dirigirse.

El psicólogo que me atiende constantemente hace todo lo posible para que pueda recordar lo sucedido, pero hasta ahora no lo logré. Sin saberlo, es algo que me estoy negando. El dice que cuando vuelva a ver podré recordar.

Una psicóloga que estuvo conmigo durante los cuarenta y cinco días que duró mi internación en el hospital Churruca me preguntaba día a día si podía recordar algo, pero no pude en ese momento y tampoco puedo ahora.

Treinta y dos días estuve en coma. Ingresé el 24 de enero inconsciente y recién me desperté el 26 de febrero. Luego permanecí un día en terapia intermedia y me pasaron a la sala.

Un día desperté y comencé a hablar. No paraba de hablar. Ese día me estaba cuidando Mirta, mi primera esposa, y me preguntó si sabía que día era. “Lunes”, le dije. Pero no porque supiera que era lunes, sino de pura casualidad.

“¿Qué estoy haciendo acá?”, le pregunté. Y ella me contestó que me habían pegado un tiro. “Pero el sábado no hubo cancha”, fue lo primero que atiné a decir. Entonces ella me dijo que no, que no había sido en la cancha. Ahí me di cuenta de que no recordaba nada.

Ella me preguntó, entre llantos, si yo sabía que había perdido un ojo. Yo no lo sabía. Me llevaba la mano a la cara y notaba el ojo, pero lo que en realidad tocaba era una prótesis de goma que me habían colocado.

Pasaron los días y una tarde me fue a visitar Franco. Pobre, no paraba de llorar. Me abrazaba y lloraba. “Dale, contáme, contáme qué pasó”, le repetía yo con muchísima ansiedad por saber.

Después de una hora se calmó y me relató lo sucedido aquel día. Me detalló lo que yo sin recordar hoy me animo a contar. Y al contarlo siento que es una historia ajena que me tuvo como protagonista.

Pero aunque parezca increíble, a pesar de no recordar lo que pasó en Varela, sí tengo recuerdos de mis 32 días en estado de coma.

Día a día rememoro lo que noche a noche pasé en el hospital Churruca. Siento como si en ese momento mi alma se hubiera desprendido de mí, y hubiera andado dando vueltas por la habitación. mirando, escuchando. Tengo memoria de momentos en los que entraban y salían los médicos, las enfermeras. Tengo memoria de 32 días de inconsciencia pero no del 24 de enero de 2001.

Ese día está en blanco en mi cabeza. No sé ni siquiera qué hice cuando me levanté, ni cuando llegué al Comando, ni cuando salimos al operativo. A pesar de eso tengo una anécdota rara de ese día. Me la contó mi señora.

Antes debo decir que estando en Formosa, y luego ya en La Plata, nunca fui amante del mate. Allá, en Ibarreta, de vez en cuando tomaba un tereré, pero no demasiado.

El día en que recibí el disparo en la cabeza, me levanté temprano. Elsa se quedó en la cama y se levantó un rato después. Cuando llegó a la cocina se sorprendió. “¿Qué estás haciendo?”, me dijo extrañada. “Nada, hoy me levanté con ganas de tomar unos mates”, le dije. Ella se rió, no entendía nada. ¡Yo tomando mate!

Creo que de ahora en adelante voy a tener que pensar muy bien en salir de casa cuando me levante con ganas de matear.

A veces en sueños, en esos días que permanecí en coma, recorría mi infancia allá en Formosa. Hoy, cuando descanso, aunque no esté dormido, intento hacer lo mismo pero situándome en el día que recibí el disparo, pero me es imposible.

Yo quiero saber, recordar qué fue lo que pasó, cómo pasó, pero hasta hoy no lo he logrado.

Según el saber popular, “la esperanza es lo último que se pierde”. Y Raúl es un fiel ejemplo de esa frase... La ilusión de recuperar la vista fue un denominador común a lo largo del año que lleva sin poder ver. Esas jornadas hoy se hacen más apacibles, sabiendo que el camino por recorrer ya no es tan extenso.

Ya hace un año que salí del Churruca. Estoy bien y esperando que una operación me devuelva la vista del ojo izquierdo. El que todavía me queda.

Un médico del hospital Español de La Plata me dio esa esperanza. Según me dijo el problema que tengo es que dos esquirlas se quedaron pegadas al nervio óptico y me impiden la visión. Se puede hacer una operación para liberar el nervio y de esa manera volver a ver, por eso ahora estoy

en tratamiento con distintos medicamentos para que, como dice el doctor, la zona madure y se pueda operar.

La intervención tiene sus riesgos, por eso me piden que en caso de llevarse adelante, antes de realizarla debo firmar junto a mi señora un documento dando conformidad de afrontar esos peligros.

En el hospital me dijeron que ya se han hecho operaciones similares. En dos casos las personas volvieron a ver sin inconvenientes, pero un hombre, si bien recuperó la vista, quedó paralítico.

No tengo inconvenientes en correr riesgos pero con ciertas limitaciones. No me arriesgaré a nada si eso implica dejar de caminar. Si me aseguran que esto no sucederá no tendré problemas. El tratamiento que estoy realizando es para poder saber cuáles, son los nervios que podrían ser afectados -en caso de que algo saliera mal- y entonces sí poder tomar la determinación y, si Dios quiere, volver a ver y poder conocer a Antonella, que nació cuando ya no veía.

A pesar de todo, hoy ya sé manejarme en la oscuridad. En mi casa ando solo. Camino por el jardín, voy al baño sin ayuda y me afeito sólo. Excepto las cosas de la cocina, como cuando me quiero preparar un té, el resto me arreglo y no molesto demasiado a Elsa.

La casualidad no existe, y menos aún si se trata de las actitudes a tomar a la hora de llevar adelante decisiones importantes. Raúl Merelle es un hombre de bien, y eso lo trae de su familia. Es solidario, porque se lo inculcaron desde muy chico. Tiene coraje, el mismo que tuvieron sus padres para criar a siete hijos sin hacerles pasar necesidades, y para, luego, ofrecerles el mayor de los apoyos cuando decidieron dejar la casa para forjar sus propios destinos.

De chico, en Formosa, nunca pasé necesidades. Tuve una relación de familia muy buena. Mis padres hace 52 años que están juntos y podría decir que fui un niño mimado. Ellos me asistían en todo, me llevaban y traían del colegio, me cuidaban. Tuve una excelente infancia. Fui creciendo y cosechando importantes amistades, siempre basadas en el respeto por los demás.

Antes de venirme para Buenos Aires me dedicaba a la agricultura, junto con mis padres. Araba el campo y sembraba algodón. Tengo recuerdos hermosos e imborrables de aquella época.

También estudiaba. Me hacía tiempo para las dos cosas, y es así que pude cursar dos años de magisterio en Formosa, hasta el momento que decidí cambiar de aire.

Cuando llegó el momento del Servicio Militar, junto con mamá hicimos todos los trámites para la excepción. Yo era el único hijo mayor que vivía con ellos en aquel tiempo y me aceptaron los papeles por considerarme “sostén de familia”. En ese momento fue que mi madre me dijo que debía estudiar y así terminé la secundaria y comencé mis estudios de magisterio. Yo en realidad nunca quise ser maestro, mi idea era entrar en la Gendarmería, pero como mi madre me lo pidió, inicié los estudios.

Un buen día, faltándome un par de materias para recibirme, tomé la decisión de partir.

Trabajaba y estudiaba. Trabajaba, estudiaba y también jugaba al fútbol en el club Chacarita Juniors de mi pueblo. Era un buen número siete. Jugaba junto con mi hermano Francisco, que ahora tiene 38 años, pero cuando él, que trabajó en Gendarmería, decidió ingresar a la Marina Mercante, se fue de Ibarreta y su puesto lo ocupé yo. Desde ese momento fui el ocho del equipo.

A los 24 años hablé con mis padres, armé las valijas y me vine.

Una cosa para la que me mentalicé fue al cambio de clima. En mi pueblo, no más de cinco días por invierno son los que hace frío, y con suerte hiela una vez al año. Sabía que acá era distinto, pero por suerte me adapté enseguida.

Mi primer trabajo lo tuve en el Banco Provincia. Era ordenanza. Ahí y en el Barrio Aeropuerto hice un par de buenos amigos.

Luego, en Los Hornos y en Varela, también coseché buenas amistades. Eso se debe a que de Formosa me traje un tesoro grandísimo que es la enseñanza que me dio mi padre. El siempre dijo que había que respetar a todos, al más grande y al más chico. “No te pueden respetar si vos no respetás a los demás”, siempre me decía.

Y así soy yo, un tipo muy respetuoso de los demás. La gente lo sabe y me aprecia. Es la razón de su dolor y preocupación el día que se enteraron de lo que me había pasado.

Mi padre se llama Roque Jacinto y mi madre Elba Velásquez. Cuando se enteraron del enfrentamiento se sintieron muy mal. En el Churruca les dijeron que no podían garantizarles que viviera más de 72 horas.

Ellos no habían podido viajar, así que telefónicamente les dijeron cuál era la situación. Mamá dijo que de ser así, que si yo moría, ella quería que le enviaran mi cuerpo a Formosa. Como ven eso no pasó, y sólo Dios sabe cuándo pasará.

Un par de días en el hospital y después se complicó todo porque me afectó una meningitis. Pero tampoco esa enfermedad pudo conmigo. Ahora todos se ríen y me dicen que debo cuidarme de los resfríos, porque si no me mataron de un tiro en la cabeza y tampoco pudo hacerlo la meningitis, no sería raro que muera de una pavada.

Mi papá estuvo tranquilo en todo momento. Siempre dijo que no me pasaría nada, y así fue. El todavía no vino a verme. Pero en poco tiempo más vendrá. Las que sí viajaron fueron mis hermanas.

Papá tiene 72 años y siempre tuve una excelente relación con él. Junto con mamá siempre estuvieron de acuerdo con que yo me viniera. Viajé con su total consentimiento.

La decisión de adoptar una profesión no siempre va de la mano de la vocación, aunque en los casos en que es así, las probabilidades de que esa persona se destaque en la función elegida son mayores. En la vida de un hombre las más grandes satisfacciones tienen que ver con el cumplimiento de sus sueños, y esa satisfacción lleva inevitablemente a la felicidad. Raúl Merelle se siente un hombre feliz.

Entré a Policía gracias a una señora amiga de mi tía. Ella tenía un hogar en donde le daban la copa de leche a chicos carenciados del Barrio Aeropuerto, y conocía algunos jefes policiales que podían presentar mi propuesta para ingresar.

Mi tío, el sargento primero Alves, en ese momento tenía algunos contactos en la Jefatura y me presentó al subcomisario Cardozo, quien se encargó de mis papeles. Así el diez de octubre de 1994 me incorporé a la Escuela de Suboficiales y Tropa, de la que egresé el 11 de abril del año siguiente y tuve como primer y único destino el Comando de Patrullas de Florencio Varela.

Hasta el día en que recibí el disparo estuve en el Comando. Siempre realicé tareas de patrullaje. Nuestra función era recorrer la zona en prevención y muchas veces custodiar algún lugar específico. Los primeros tiempos trabajaba día por medio, y luego, cuando se implementaron las horas CORES, estaba toda la semana en el Comando.

Me hice policía a los 26 años. Todos me preguntaban por qué había tardado tanto en ingresar, sobre todo teniendo en cuenta mis estudios. Yo les expliqué que allá, en Formosa, todo es muy distinto. Mi familia siempre fue de bajos recursos y nuestro sustento estaba en el campo. Todo lo que he logrado ha sido sobre la base del sacrificio. Más aún en mi pueblo, cuando el estudio debí compartirlo con las tareas agrícolas junto a los míos.

Pero con el tiempo cumplí el sueño de ingresar a la Policía. Un sueño que tenía desde muy chico y del que nunca me arrepiento. Sinceramente no me arrepiento de nada. A pesar de todo.

A veces hablamos con mi esposa y ella pregunta de qué me siento arrepentido, y en realidad no me arrepiento de nada. Siempre hice lo me gustó, seguí la carrera que más me gustaba y lo que me pasó, esta desgracia, fue por estar haciendo lo que quería. Ojalá mañana o pasado pueda ver nuevamente y de Policía me llamen y digan: “Merelle, venga a laburar”. Así tenga que ir caminando a Varela voy a ir, porque es algo que llevo en el alma. Aún tengo ahí mi gorra y mi uniforme, y pienso volver a usarlos.

Tiempo atrás vino mi compañero, el cabo Franco, y estaba interesado por saber qué posibilidades había de que volviera al trabajo. Le dije que si fuera por mí existían todas las posibilidades. “Entonces andá preparándote para laburar”, me dijo con mucho afecto.

Yo le expliqué que las probabilidades que manejo muchas veces no son las reales, que en mi estado, más allá de poder recuperar la visión de mi ojo izquierdo, es muy difícil que pueda regresar al trabajo. Pero él insistió en que soy una persona preparada, con estudio y muchas ganas, y que no es imposible que vuelva, aunque más no sea a realizar tareas administrativas... Dios quiera que pueda volver, porque me encanta ese trabajo. Y ese amor por la profesión es la que hace que hoy me sienta un héroe.

Si, me siento un héroe porque lo que me toca vivir es debido a mi trabajo. Me siento un héroe porque entiendo que no defraudé a nadie, y la propia Fuerza me lo hace sentir al haberme respondido como yo esperaba luego de lo sucedido. Mis compañeros también hacen que entienda las cosas así, por la actitud que tomaron conmigo.

En Policía hay personas buenas y malas. No todo es color de rosas. Pero me siento dentro de los primeros, entre los buenos, y creo que de ellos salen los héroes y me siento como tal.

Mi afecto hacia el trabajo policial hace que hoy esté dispuesto a volver a batallar contra la delincuencia. Con mucha ilusión espero que Dios me dé esa posibilidad. Que llegue el día que me digan: “Merelle, el lunes te tenés que presentar en el Comando”. Mi orgullo y mi honor de policía me hacen pensar así.

Primero, entre el canto de los pájaros que viene desde el jardín, suena un chamamé. Después, sin permiso y con naturalidad, se escucha una cumbia. Dejando el paisaje a un lado, respondiendo solamente a los sonidos, es como que se representa algún lugar del litoral argentino. Raúl lo sabe, siempre lo supo, y fue una manera de estar en su tierra, entre los suyos, a la distancia, pero tan lejos... Muchas veces no alcanza con eso y es necesario aferrarse a nuevos afectos, a nuevos sueños que fertilicen las ganas de seguir adelante.

La música fue siempre uno de mis pasatiempos. Nunca me gustó demasiado la televisión ni ir a la cancha. Recuerdo que cuando estaba los domingos en Varela, siempre me hacía un tiempito para ir a los festivales chamameceros, y ahí me quedaba un buen rato escuchando, disfrutando de cumbias y otras músicas litoraleñas.

A pesar de eso nunca tuve un ídolo, un cantante o un grupo que me despertara fascinación. Parece mentira, pero si alguna vez quise conocer a alguien, ese no fue un músico, sino Mario Kempes.

Cuando se jugó el Mundial de fútbol en la Argentina, yo lo escuchaba por radio, y desde ese tiempo se despertó en mí una suerte de fanatismo por Kempes. Me ilusionaba con poder estar junto a él... Maradona hubiera despertado lo mismo en mí si toda su vida hubiera sido como la gente, si hubiera sido como Kempes, que fue el número uno no sólo en el Mundial, sino también en la vida.

Kempes representó a la Argentina con honores y con todos los chiches. Maradona no representó bien al país. Por él perdimos un Mundial en donde se le detectó droga. Eso no estuvo nada bien. Mario Kempes es mi ídolo, mi favorito.

En Policía si tengo referentes, ahí uno encuentra gente a la que quiere parecerse y muchos a los cuales se les termina debiendo muchas cosas, inclusive la vida. Y esto no tiene que ver con que en un enfrentamiento lo salvaron de morir, sino que enseñan a trabajar a sus compañeros, como me pasó a mí con el sargento López.

López fue mi compañero de patrulla durante algún tiempo y con él aprendí mucho del trabajo policial.

Cuando salí de la Escuela de Suboficiales, me presenté en el Comando de Varela, me dieron el arma y el uniforme, y a la semana siguiente ya era el acompañante de López. El me enseñaba cómo debía actuar. Muchas cosas que me enseñó luego las pude aplicar con buenos resultados. Resultó mi guía cuando daba mis primeros pasos.

Poder recuperar la visión y regresar a la Fuerza son los sueños más importantes que hoy dan vueltas en mi cabeza.

Otro de mis deseos tiene que ver con Facundo, mi hijo. Si algún día me plantea la inquietud de ser policía, yo haría todo lo que esté a mi alcance para que lo pueda lograr. Lo alentaría, lo haría estudiar. Me gustaría que pudiera entrar en la Escuela Vucetich y fuera oficial.

Su mamá, Mirta, no está muy convencida. Ella insiste en que yo debería ser docente y que no estaría ahora así.

Pero sé que no es así. Cuando deben pasar las cosas, sin duda que las cosas pasan. Si hubiera sido maestro y no policía, tal vez hubiera estado viajando en un colectivo y un accidente en la calle me hubiera producido lo mismo.

Ella insiste en que para Facundo debemos buscar algo mejor, pero mi sueño es que sea oficial, que haga la carrera policial.

La vida de un policía está plagada de acontecimientos que con el tiempo se convierten en recurrentes anécdotas. Hechos que muchas veces son los pilares de su formación profesional. Esos episodios le permiten el respaldo de saber lo que se debe hacer, cómo y cuándo actuar de tal o cuál manera. Cuando a pesar de esto se producen finales inesperados, el análisis es inevitable. El cabo Merelle sabe que lo sucedido no se debe a su inexperiencia, se sabe un policía experimentado, y concluye en que el destino no acepta certificados de capacitación.

Dentro de los trabajos que realizábamos en el Comando, en distintas oportunidades teníamos que custodiar alguna institución o algún banco. En esos casos, en los que pasábamos algunas horas en el mismo lugar, siempre tuve la costumbre de colaborar con los ancianos o los discapacitados cuando tenían que cruzar la calle o realizar alguna maniobra que les resultara dificultosa. Siempre fui así pero nunca lo hice por creer que el tiempo podría depararme situaciones similares. Hoy entiendo que sin darme cuenta les estaba dando una mano bárbara. Hoy lo entiendo porque soy yo quien necesita de los demás.

Nunca creí que me pasara esto. Si bien uno sabe que estando en la calle los riesgos son grandes, jamás imaginé pasar por esto. Pero, a pesar de todo, creo que lo tomé con tranquilidad, no me desespero.

Lo que aún no comprendo, y esto tiene que ver con no recordar lo que pasó ese día, es cómo me pasó, por qué no disparé mi arma, cómo me hirieron si ya había pasado por situaciones similares y sabía cómo actuar. Eso es algo que tampoco nunca pensé: que un delincuente me dejara ciego nunca lo imaginé.

Con seguridad yo no vi que el hombre venía armado, que tenía una escopeta, esa debe ser la razón por la que no me defendí. Imagino hoy esa situación y creo que no me podría volver a pasar. No sé, pero creo que al ver el arma dispararía, aunque más no sea para asustarlo.

Lo que sí recuerdo es el lugar donde sucedió todo, pero es porque lo conozco desde antes. Después de tanto tiempo no hay un lugar de Florencio Varela que no conozca.

En otros enfrentamientos que participé siempre tuve éxito. Nunca resulté herido y siempre los malandras terminaron presos. Recuerdo alguno de ellos:

¿Che, negro, vos conocés el Corsa?, me preguntó el sargento primero Alves, que es mi tío y en esa época patrullábamos juntos. “Sí, son parecidos al Polo pero más chiquitos, son muy lindos, le contesté. “Ahora cuando salimos a la avenida mostrame uno”, me dijo.

A las cuatro cuadras paramos en un semáforo. Por la otra calle, creo que la avenida San Martín, había parado en primera fila uno. “Ese es un Corsa, el que está adelante”, le comenté. “Y es el que tiene captura”, me informó... Hacía tres horas que Alves había escuchado el alerta.

Se trataba de cuatro sujetos que habían asaltado a un conductor y se habían llevado el auto. Era un Corsa color bordó con número de patente 972. Era el Corsa que teníamos delante de nosotros, pero iba sólo un hombre a bordo.

Inmediatamente dimos aviso de haber localizado el auto buscado y comenzó la persecución. Como a diez cuadras, siempre sobre San Martín, y después de haber corrido a alta velocidad, lle-

gando a la avenida Monteverde, cortó el semáforo y pararon todos los vehículos, entonces intentó esquivar un colectivo pero se encontró con otro delante y quedó atrapado.

El tipo se bajó del auto a la carrera y comenzó a disparar, intentando cubrir su fuga. Cerca había una concesionaria donde intercambiamos un par de disparos, tras los cuales aprovechó un descuido para escapar. Yo no me resigné y lo corrí. Lo perseguí aproximadamente seis cuadras y lo agarré.

Una buena detención. Recuperamos el auto y con el tiempo se pudo detener al resto de los sujetos que habían asaltado al dueño del vehículo.

En otra oportunidad logramos detener a cuatro asaltantes. En esa época yo acompañaba al sargento Moreno. Todavía era agente.

“Fijate Negro, decime la patente del auto que están buscando”, me dijo Moreno. Revisé el cuaderno en el que anotábamos los pedidos de captura y se lo leí.

“Ahí lo tenemos atrás, qué hacemos?”, le pregunté. “Vamos a jugarnos, “Negro”, me dijo... Esperamos a que se nos pusieran a la par, yo agarré la escopeta y los apunté indicándoles que se detuvieran. Los tipos amagaron varias veces como que paraban hasta que lo hicieron. El sargento, que iba al volante, bajó del patrullero y ellos aprovecharon y salieron a toda velocidad.

Los seguimos durante un largo rato hasta que en la entrada de una villa chocaron contra un poste de luz. Nos tiroteamos y logramos reducirlos. En el lugar murió uno de los delincuentes. Después nos dimos cuenta que su muerte no había sido a causa del enfrentamiento, sino que había fallecido en la colisión.

Hay otro hecho importante en el que participé y por el cual recibimos una felicitación de la Jefatura. Fue el desbaratamiento de una banda compuesta por cuatro sujetos. Uno de ellos era efectivo del Servicio Penitenciario.

Eran cerca de las 6.45 cuando un auto nos hizo señas con las luces. Nos detuvimos y el conductor nos dijo que había un Peugeot 504 blanco que hacía un rato se encontraba circulando muy despacio y daba la sensación de querer interceptar a los otros autos. El hombre nos dijo que en ese momento se encontraba estacionado en una rotonda cercana al lugar en donde nos encontrábamos.

Nos dirigimos al lugar. Era una mañana con mucha niebla y se veía poco. Cuando llegamos vimos el auto en el lugar en donde nos habían dicho. En el interior estaban los tipos aparentemente dormidos.

Me bajé del patrullero con la escopeta en la mano, me acerqué y golpeé el paragolpes delantero del Peugeot indicándoles que se bajaran. El móvil estaba estacionado a tres o cuatro metros. Estuve así un buen rato y los hombres no descendían. “Cuidate”, dijo mi compañero, que había percibido movimientos dentro del vehículo.

Cuatro de los sujetos bajaron con las manos en alto. El penitenciario se resistía a descender, a pesar de nuestra orden, y comenzó a moverse, lo que me hizo creer que quería sacar un arma. Yo estaba a cinco metros de él, y al ver lo que hacía, cargué mi escopeta. El ruido lo hizo cambiar de actitud y pudimos detenerlo junto a los demás.

Fue otro buen procedimiento. El auto lo habían robado en La Plata, en calle 4 y 610. Cuando lo sustrajeron se llevaron al dueño unas cuadras y luego le dijeron que buscara el auto en Varela, que ellos harían un “trabajito” y luego lo dejarían. El propietario del vehículo luego identificó a los detenidos señalando que eran quienes lo habían asaltado.

La medicación puede controlar los dolores del cuerpo, pero los dolores del alma muchas veces no tienen remedio y sólo disminuirán cuando el propio espíritu tenga la fuerza de reponearse. Desde hace un año, Raúl Merelle siente en carne propia una de las dolencias y carencias físicas más indeseables, pero no se anima a cambiarlas por la angustia que vivió al creer que perdería a uno de sus hijos. Siempre creyó y se sintió acompañado por Dios.

Siempre encaré las peores cosas de mi vida con mucha tranquilidad y tratando que la angustia no me quitara la posibilidad de analizar las cosas con claridad, pero hay un hecho que me tocó a fondo y debí extremar mis fuerzas para poder sobrellevarlo.

Brenda, la mayor de mis nenas, nació con algunos problemas de salud. Ella padece una enfermedad que la tuvo noventa días internada en el hospital de Niños de La Plata.

Esa situación será algo que no olvidaré jamás en la vida, y ha significado que Brendita sea quizás mi hija predilecta.

Su padecimiento hace que ella no pueda alimentarse como una persona normal. No come pan, no toma leche, toda su alimentación debe ser apteica. Su comida no tiene sabor y la leche que consume no tiene un gusto que cualquier criatura aceptaría.

En esa época yo recién ingresaba a Policía. Recuerdo que me presentaba a trabajar luego de una licencia por atención familiar y debía sacar otra porque mi hija seguía internada. Luego regresaba al Comando y solicitaba una licencia especial para poder seguir junto a ella en el hospital.

Fueron momentos muy duros y me siento profundamente agradecido al comisario Miguel Chaile, quien tuvo actitudes no siempre vistas. Se trata de un hombre que vale oro, vale por diez hombres juntos.

Llegaba al Comando y Chaile me llamaba a su despacho. Me preguntaba cómo andaba la nena y enseguida le decía al oficial que me mandara nuevamente para casa. Nunca permitió que permaneciera en el trabajo teniendo a Brenda internada.

Prácticamente vivía en el hospital, hasta que a los noventa días me llamó la doctora.

Ella me dijo que tenía una sorpresa para mí. Lo primero que pensé fue que la nena había fallecido. Me pidió que me vistiera con una bata y me hizo pasar a ver a mi hija. Estaba mucho mejor, fuera de peligro. Fue un regalo de Dios.

Brenda nació el 28 de agosto y a los cinco días se le descubrió la enfermedad. Estuvo internada hasta diciembre. El mal que padece en la sangre le puede provocar convulsiones que la pueden llevar a la muerte si no sigue una estricta dieta.

Esa fue la gran angustia de mi vida. Tras haber vivido aquello, el resto de mis padeceres resultan menos importantes. Creo en Dios. Me acompañó en ese momento y es mi sostén a cada hora. Para Dios nada es imposible. El hace caminar al que no camina, hace correr al que no corre, hace hablar al que no habla, hace ver al que no ve.

El hace ver al que no ve. Y todo a su tiempo, ya me tocará a mí.

Solidario con los demás, no podía recibir más que un enorme respaldo de quienes lo conocen. Es agradecido con quienes lo acompañan y comprensivo con aquellos que piden más de lo que él cree necesitar. Sólo algo le falta y ansía lograr. Sólo una cosa más: poder ver a la hija que nació cuando ya la oscuridad se había adueñado de sus días.

Mi familia y mis compañeros de Varela siempre me han acompañado. Me visitan a cada rato y están pendientes de mis necesidades. Siempre tuvieron una mano tendida hacia mí y eso es algo de lo cual siempre voy a estar agradecido.

A pesar de estar lejos de mis padres y mis hermanos, ellos siempre llaman y me vienen a visitar cuando tienen la posibilidad.

También estoy agradecido a la Policía como Institución. Siempre me respondieron a pesar de que muchos familiares insisten en que deberían darme un poco más.

Ellos saben que yo soy cabo primero y que estoy en término para ascender, entonces creen que no le costaría nada al Estado darme una jerarquía más como forma de aliento y agradecimiento.

Entienden que no significaría nada en lo económico pero sí mucho como incentivo para seguir adelante en mi recuperación.

Pero como ya dije, yo soy un agradecido a la Fuerza. El tiempo ya pondrá todo en su debido lugar, y en realidad no importa cuánto pase para que eso suceda.

Fui varias veces a Varela. Mis compañeros del Comando se portan muy bien conmigo. Tuve jefes que me respondieron muy bien después de haber sufrido este inconveniente. Desde el primer momento todos estuvieron a mi lado, me vinieron a buscar cada vez que tenía que realizar algún trámite. Nunca se olvidaron de mí.

En los primeros tiempos en la ART me tiraron la moral por el piso. Los médicos me dijeron que no volvería a ver nunca más, ya que, según decían, tenía el nervio óptico cortado.

Le comenté esto a un comisario inspector y él me dijo no hiciera caso. El mismo me aconsejó que consultara con otro especialista. Entonces aproveché que me habían puesto la prótesis del ojo que perdí, y en una de las visitas a la doctora que me atendía le comenté lo que me habían dicho. Ella dijo que no era así y que iniciaríamos unos exámenes para comprobarlo.

Así fue que el comisario inspector arbitró todos los medios. Puso un patrullero a mi disposición y comencé los estudios en un hospital especializado de Capital Federal.

Los médicos que me vieron, que observaron las placas que me había hecho, se reían. Recuerdo que fui con mi señora, el cabo primero Franco y un oficial.

Franquito se enojó mucho con ellos, y en un momento no aguantó más y les preguntó si les causaba gracia que yo no pudiera ver. “No es eso -dijeron los médicos-, nos causa risa lo que les dijeron que no podría volver a ver”, explicaron.

Entonces nos aclararon que el nervio óptico no estaba cortado, y lo que impedía mi visión eran dos pequeñas esquirlas que habían quedado paralelas al nervio.

Franco no sabía cómo disculparse, les dijo que él me había acompañado el día del accidente y que quería lo mejor para mí. Los doctores también expresaron que querían lo mejor, pero que todavía debíamos esperar. Ahora teníamos que realizar distintos tratamientos para que la zona madurara y entonces sí intentar una intervención que me devolviera la vista.

Pasaron unos meses, seis o siete meses, y el médico que me trata en La Plata, me propuso que si yo le firmaba una conformidad él me operaba y en pocos días podía volver a ver... Me habló de los riesgos que correría y decidimos esperar un tiempito más.

Espero con entusiasmo el día de la operación. Sé que no falta tanto y sé que volveré a ver. Antonella ya tiene nueve meses, pero yo espero con ansiedad el día que nazca a mis ojos.

